

# El Ignacio de Cantabria

## Primera parte<sup>1</sup>



Pilar Aja

UIA

ajapili@hotmail.com

San Ignacio de Loyola fue al inicio de su vida caballero y sobresalió en el ejercicio de las armas, cuyo derecho había adquirido en 1519. Sin embargo, en las representaciones que se hacen de este personaje, generalmente no se retrata su hidalguía, ya que como él mismo narra en su *Autobiografía*, esta época fue “de vanidades del mundo”.<sup>2</sup>

La imagen de san Ignacio como caballero contradice la austeridad que caracterizará al santo y a la Compañía de Jesús, por tal motivo son mucho más extendidas las representaciones de su apostolado y servicio, y especialmente predominan aquellas en las que aparece vestido con sotana negra y con la cabeza calva o el birrete de cuatro vértices. La indumentaria, generalmente, se utiliza en la construcción retórica de su figura como recurso de renuncia material y símbolo de crecimiento espiritual.

Llama la atención un grabado de *El Ignacio de Cantabria. Primera parte*, perteneciente a la Biblioteca JAPS, en el que san Ignacio aparece vestido de caballero.<sup>3</sup> El libro de Pedro de Oña, poeta chileno, es una hagiografía de san Ignacio compuesta en 10 000 versos, que data de 1639. Lo divide en 12 partes y cada una se abre con una estampa; es el libro cuarto el que muestra esta imagen particular.

Quizá en el caso de Pedro de Oña son su propio origen, hijo de militar, y el carácter épico de su poesía, lo que hace que aparezca esta imagen de san Ignacio. Tellechea Idígoras narra la primera vez que sonó en los oídos de Iñigo, de los labios de un monarca, “la frase mágica de leal vasallo, perfecto caballero”.<sup>4</sup> Esto era miel para sus oídos en su juventud temprana. Precisamente eran los libros de caballería los que más llamaban su atención: “luchas, torneos, hazañas famosas, gloria [...] se identificaba con el brillo, con el reflejo soñado de sí mismo en los demás”.<sup>5</sup> Y durante la época en que intentó pertenecer a la corte, sus atavíos iban de acuerdo al estatus que pretendía alcanzar:

El Corregidor acumula auténticas pinceladas brillantes sobre la estampa pública del pequeño Loyola cortesano, describiéndolo con armas, capa abierta y cabello largo hasta los hombros, con vestidos multicolores a cuadros, con su birreta roja –distintivo de los Oñaz–, con su espada al cinto, con loriga y coraza, empuñando ballestas y mojando el pincel en tintas más sombrías añade que se mezclaba en asuntos seculares, con escasa decencia clerical en su vestir y peor aún en sus costumbres.<sup>6</sup>

En las hagiografías pictóricas de san Ignacio, uno de los episodios más referidos de su época de caballero fue cuando en 1521 se dirigió a Pamplona para reforzar la ciudadela, ya que ahí fue herido en una pierna, lo cual significó el inicio de su transformación interior. En esta escena en particular, la majestuosidad del atuendo de caballero se ve minimizada para darle mayor prioridad a la narración de su herida de guerra, que marcó el fin de su vida caballeresca y cortesana.<sup>7</sup>

<sup>1</sup> Esta escena no puede faltar en los grabados que acompañan la ilustración de la *Vita Beati P. Ignatii Loiolae Societatis Iesu Fundatoris*. Así es como llegó la escena a los ciclos novohispanos de la vida de san Ignacio, como es el caso de Tepetzotlán o Querétaro [ver tesis de maestría en estudios de arte de Verónica Zaragoza Reyes. *Vida de San Ignacio de Loyola (1757): serie pictórica de la Casa Profesa de México: estudio y catálogo*, Universidad Iberoamericana, 2012, p. 150-153].

<sup>1</sup> Oña, Pedro de, *El Ignacio de Cantabria: 1era parte*, Sevilla: Francisco de Lyra, 1639. Llama la atención el título ya que se sabe que el lugar de origen de san Ignacio fue Azpeitia, en Guipúzcoa. A lo largo del texto, el poeta se refiere muchas veces al santo como cántabro, a pesar de que en los registros de los lugares por los que pasó san Ignacio en las biografías oficiales no se hace referencia a este lugar. Las autonomías españolas se instituyeron posteriormente y tanto la Cordillera Cantábrica como el Mar Cantábrico son la frontera norte de la Península Ibérica. El poeta también alude a san Ignacio como el vizcaíno en algunos versos, reafirmando su origen vasco.

<sup>2</sup> Josep María S. J. Rambla Blanch, *El Peregrino. Autobiografía de San Ignacio de Loyola*, Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2011, p. 22.

<sup>3</sup> Agradezco al doctor Alberto Soto Cortés su apoyo para encontrar la imagen.

<sup>4</sup> José Ignacio Tellechea Idígoras, *Ignacio de Loyola solo y a pie*, Salamanca: Ediciones Sígueme, 2013, p. 65.

<sup>5</sup> *Ibid*, p. 67.

<sup>6</sup> *Ibid*, p. 69.

Después de ese evento, san Ignacio decide irse de peregrinación a Jerusalén e iniciar una nueva vida de profundo sentido religioso. A partir de entonces, las imágenes que proliferan, son aquellas que muestran su proceso de conversión y la institución de la Compañía de Jesús.

El documento que nos concierne representa a san Ignacio majestuosamente vestido con capa, sombrero y espada al cinto, montado sobre un caballo y acompañado de un árabe con turbante, sobre otro caballo. Llama la atención la aureola con la que se distingue al santo del moro, muy discreta, que enmarca el gran sombrero. Es la imagen que abre el cuarto libro, al que Pedro de Oña dedica dieciocho páginas. En algunas ocasiones pone énfasis en su figura de caballero, pero más bien son las reflexiones religiosas las que sobresalen:

Ignacio, presumiendo que en su alcance  
Viene picando el Arabe; lo espera,  
Por ver su intento, i (si es forçoso lance)  
Prestarle su favor, quando lo quiera.  
El Moro le saluda en su romance,  
Que tan ladino corta, qual si fuera  
Su Arabigo materno. I el Christiano  
Oyendole cortés, responde urbano.

Sabido pues que Ignacio vá la via  
de Monserrate, assí le dize: Quiero  
un rato merecer tu compañía,  
Quando por Moro no, por caballero:  
Hasta el común paraje, que desví  
De mi real camino tu sendero.  
Pues fuerça el Cantabrés le otorga el rato;  
Que degenera el noble, si es ingrato.<sup>8</sup>

<sup>8</sup> Oña, *op. cit.*, p. 53.  
Las mayúsculas están transcritas del poema original.

<sup>9</sup> En las otras imágenes que acompañan el texto si se llega a notar similitud en el formato en algunas ocasiones.

En los grabados de la *Vita Beatis San Ignatii Loiolae Societatis Iesus Fundatoris*, de Roma, no aparece representada esta escena, razón por la cual resalta la singularidad de esta imagen.<sup>9</sup> Sin embargo, está presente en la narración de la *Autobiografía* [15]: “Yendo por su camino, le alcanzó un moro, caballero en un mulo; y yendo hablando los dos, vinieron a hablar en nuestra Señora; y el moro decía que bien le parecía a él la Virgen haber concebido sin hombre, mas el parir quedando virgen no lo podía creer [...] la cual opinión, por muchas razones que le dio el peregrino, no pudo deshacer”.<sup>10</sup> Pedro de Oña convierte en poesía esta discusión:

Ya dispenso (le arguye aquel agudo)  
En que fecuda fuesse una doncella.  
Pues ya (responde) un imposible pudo,  
No niegues otro al Dios, que nace della.  
No fue (replica) espíritu desnudo  
Saliendo, entrando si en la Virgen bella.  
El Verbo (dice Ignacio) Sol divino,  
Entró, i salió, sin señalar el camino.<sup>11</sup>

<sup>10</sup> Rambla, *op.cit.*, p. 36.

<sup>11</sup> Oña, *op. cit.*, p. 54.

En la *Autobiografía* más bien se pone énfasis en el enojo que causó en san Ignacio que le hubiera refutado la Inmaculada Concepción de la Virgen, cuando tenía ganas de “ir a buscar



al moro y darle de puñaladas”.<sup>12</sup> Puso en manos de la mula elegir el camino: si había de ser el de ir a perseguir al moro o bien el de seguir su ruta, y “quiso nuestro Señor que [...] la mula tomara el camino real”.<sup>13</sup>

Ea ya; tras el, tras el: no vamos tarde.  
Ve i andaluz cavallo, ve ligero  
Tras la Morisca yegua del cobarde,  
Que fácil hablador, no es buen guerrero.  
Relincha rezio, i dile que me aguarde.  
Tus herraduras, filos a mi azero  
Agora den. Mas pruevese por fuerte  
Si sale para el Moro vida o muerte.<sup>14</sup>

<sup>12</sup> *Autobiografía* [16], en Rambla, *op.cit.*, p. 37.

<sup>13</sup> *Idem.*

<sup>14</sup> Oña, *op. cit.*, p. 56.

Una posible razón por la cual Oña puso énfasis en este encuentro con el moro fue para atestiguar el papel que jugó san Ignacio dentro de la Contrarreforma:

Este con diestra mano, a gloria mía,  
mientras Luther banderas mil tremola,  
a conducir vendrá una Compañía  
que cierre con las mil, venciendo sola.<sup>15</sup>

<sup>15</sup> Modesto Calderón, “La Eneida como modelo de la épica culta española de tema religioso: El Ignacio de Cantabria de Pedro de Oña”, en *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos*. Universidad Complutense de Madrid, p. 69, disponible en: <<http://revistas.ucm.es/index.php/CFCL/article/view/CFCL9999220057A/34584>> [consultado el 10 de marzo de 2016].

El carácter épico de la poesía de Oña pone al protagonista como el héroe virtuoso, y así es como se representa en las imágenes que acompañan el texto: se resaltan estas figuras de caballeros con gran majestuosidad. Sin embargo, lo común de las descripciones del santo a partir del encuentro con el moro es mostrar el inicio de su nueva espiritualidad. Aún en el libro de Oña, no se vuelve a repetir una imagen que represente al santo como caballero,<sup>16</sup> aunque el tema de la caballería sí se retoma tanto en el carácter épico del libro como en el modo particular en que acaba su obra: estando Ignacio en Italia, interrumpe un duelo entre un caballero francés y uno español que se enfrentaban por conflictos amorosos con una mujer, tema característico de la poesía épica. El francés muere, el español se va y san Ignacio se queda con el cadáver. Así termina el poema.<sup>17</sup> Probablemente Oña pensaba escribir una segunda parte del libro, la cual nunca concluyó.<sup>18</sup>

<sup>16</sup> Sólo aparece como caballero, con el sombrero en la mano, ante la Virgen de Montserrat, siendo esta escena mucho más común en las representaciones pictóricas de san Ignacio.

El propósito del libro de Oña es resaltar el carácter heroico de la santidad del protagonista. Desde el inicio, tiene una dedicatoria de cuatro páginas a los jesuitas: “A la ilustre y religiosa familia del gloriosissimo Patriarca S. Ignacio de Loyola, Sugeto deste poema. La Compañía de Iesus. El Lic. Pedro de Oña”.<sup>19</sup> Asimismo, viene la aprobación de Don Pedro Calderón de la Barca: “Por mandato de V. A. e visto un Poema Sacro, q su autor, el Licenciado Pedro de Oña, intitula, el Ignacio de Cantabria; aquel soberano Patriarca fundador de la sagrada Religión de la Compañía de Iesus: está escrito con el decoro, la agudeza, el zelo, y la atención que requirió tan grande asunto [...] merece justicia la licencia que pide para

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 61.

<sup>18</sup> En ese caso el final puede ser un recurso literario utilizado por Cervantes en el Quijote, de dejar la situación en suspenso. Oña tenía 70 años cuando se publicó la primera parte del poema en 1639 y murió tan solo cuatro años después, por lo que no existe la segunda parte del poema aunque en el título de este libro haya hecho hincapié en que es *Primera parte*. Por otro lado, el periodo de tiempo elegido en el poema da indicio de que pudiera haber pensado continuar con la narración de la vida de san Ignacio, así como el hecho de que la última imagen no corresponda al poema sino a un episodio ocurrido en 1526, aunque también puede ser que simplemente haya elegido como influencia el combate final de Eneas y Turno en la Eneida (también con motivo de conflictos por una mujer) y que no hubiera pensado en escribir una segunda parte, sino centrarse en este proceso de conversión de san Ignacio.

<sup>19</sup> Oña, *op. cit.*, p. 4.



<sup>20</sup> *Ibid*, p. 2.

<sup>21</sup> Calderón, *op.cit.*, p. 64.

<sup>22</sup> D. Hernando Domínguez Camargo, *S. Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús: poema heroico*, Biblioteca Digital Mundial, en: <<https://www.wdl.org/es/item/8985/>> [consultado el 17 de marzo de 2016].

<sup>23</sup> Massimo Leone, *Saints and Signs: A Semiotic Reading of Conversion in Early Modern Catholicism, Religion and Society*, Berlin/New York: De Gruyter, 2010, p. 63.

imprimirla [...] dada en Madrid a 30 de Julio de 1636 años.”<sup>20</sup> Además cuenta con la aprobación del señor Licenciado Lorenzo de Turrizara, Vicario general de la Villa de Madrid, ante Francisco Gómez de Lasprilla, Secretario de la Majestad.

Existen otros tres poemas épicos protagonizados por el fundador de los jesuitas, ya que el barroco crea y alienta el mito militar y heroico, entre cuyas figuras religiosas resalta precisamente la de san Ignacio de Loyola, “el soldado santo y el santo caballero”.<sup>21</sup> Encontramos el *Ignacio de Loyola*, de Antonio Escobar y Mendoza (1613); *Romance muy curioso, en alabança de la Compañía de Jesús*, de Alonso Díaz (1615), así como *San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús*, de Domínguez Camargo (1666);<sup>22</sup> dos anteriores y uno posterior al de Oña. Los dos primeros son autores españoles y los otros dos, incluido Oña, latinoamericanos. Tanto Escobar y Mendoza como Domínguez Camargo eran jesuitas, a diferencia de Oña, que era laico, con estudios en teología; pero todos crearon estas imágenes literarias, de las cuales la de Oña es la única que cuenta con grabados y se centra sólo en su periodo de conversión (1522-1524).

En la Contrarreforma se reapropian de parámetros narrativos épicos para expresar valores sagrados. La épica hagiográfica muestra la transición de la presencia de valores religiosos en la literatura caballerescas a la presencia de ésta en valores religiosos: la *virtus* latina, cualidad que engloba valor, energía y esfuerzo, deriva con el cristianismo en cualidad moral o espiritual. El héroe en la épica cristiana es virtuoso y evoluciona del mismo modo que sus virtudes y que la sociedad.<sup>23</sup>

Así como estas construcciones épicas, también encontramos algunas imágenes grabadas de san Ignacio caballero, como *La Vera Effigies*<sup>24</sup> de *S. Ignati de Loyola*<sup>25</sup>. En ésta, porta la armadura, en la que resalta el símbolo de IHS con mayor iluminación en su pecho, lo que hace hincapié en su faceta religiosa como soldado de Cristo.<sup>26</sup> La diferencia que nos concierne es que en la de Oña está representado como caballero pero no como militar, va sin armadura.

Aun así, estas representaciones no se caracterizan por ser las más populares en el modo de mostrar a san Ignacio, por lo que a continuación me centraré en el proceso de abandono de la forma de vida de caballería. A pesar de estas construcciones épicas del santo, proliferaron de un modo mucho más significativo las imágenes que no aluden a su hidalguía. Tanto en la *Autobiografía* como en otras hagiografías de carácter más oficial de la Compañía de Jesús, sistemáticamente intentó borrar o desaparecer su vida pasada a través de su testimonio de conversión y vida de servicio, reforzada con su nueva forma de vestir.

Los *Ejercicios espirituales* tienen como uno de sus fines ordenar las afecciones desordenadas para quitarlas y después hallar la voluntad divina.<sup>27</sup> Eso es precisamente lo que hizo

<sup>24</sup> La fisonomía se basa en el retrato verdadero hecho a san Ignacio a partir de la máscara mortuoria de 1556 que sirvió para las estampas y pinturas realizadas posteriormente por diversos artistas (Zaragoza, *op.cit.*, p. 52). Es mucho más difundida la *Vera Effigies S. Ignati de Loyola. Soc Iesu Fundatoris* del libro de *Exercitia spiritualia*, que aparece en las primeras páginas de la edición de 1689 de la Biblioteca Francisco Xavier Clavijero de la Universidad Iberoamericana, o bien la *Vera Effigies de la Vita Beati P. Ignatii Loiolae Societatis Iesu Fundatoris*, que ésta en la que aparece de caballero.

<sup>25</sup> Esta imagen se puede ver en el siguiente enlace:

<<https://www.google.com.mx/url?sa=i&rct=j&q=&esrc=s&source=images&cd=&cad=rja&uact=8&ved=0ahUKEwiKt6npkYDLAhWCnYMKHUSNDqEQjRwIBw&url=https%3A%2F%2Fatlantictimes.wordpress.com%2F2009%2F09%2F04%2Flos-iluminados-originales%2F&psig=AFQjCNH53pM69vFJMthNV7-a-DlqAvh66g&ust=1455844574043665>> [consultado el 15 de febrero de 2016].

<sup>26</sup> Existe otra imagen de san Ignacio caballero muy similar a la anterior en <[https://www.google.com.mx/imgres?imgurl=http%3A%2F%2F1.bp.blogspot.com%2F-aP4sj0Ppq3E%2FVbmKm\\_weTII%2FAAAAAAAK4E%2FV8LW7kTGRE%2Fs400%2FSan%252Bignacio%252Bde%252BLoyola%252BGrabado%252BBib%252BVal.jpg&imgrefurl=http%3A%2F%2Fcomunidadvalencianamemoriayarte.blogspot.com%2F2015\\_07\\_01\\_archive.html&docid=qqLrZt09G8iGMM&tbnid=DgmPHSikhgwKEM%3A&w=241&h=336&client=safari&ei=1T\\_rVpHNOOL6jgSGgbzADw](https://www.google.com.mx/imgres?imgurl=http%3A%2F%2F1.bp.blogspot.com%2F-aP4sj0Ppq3E%2FVbmKm_weTII%2FAAAAAAAK4E%2FV8LW7kTGRE%2Fs400%2FSan%252Bignacio%252Bde%252BLoyola%252BGrabado%252BBib%252BVal.jpg&imgrefurl=http%3A%2F%2Fcomunidadvalencianamemoriayarte.blogspot.com%2F2015_07_01_archive.html&docid=qqLrZt09G8iGMM&tbnid=DgmPHSikhgwKEM%3A&w=241&h=336&client=safari&ei=1T_rVpHNOOL6jgSGgbzADw)> [consultado el 17 de marzo de 2016].

<sup>27</sup> Ignacio de Loyola, “Primera anotación”, en *Ejercicios espirituales*. México, Obra Nacional de la Buena Prensa, 1996, p. 9.



san Ignacio con su vida: renunció al camino de la nobleza y la caballería para acceder al de la santidad. Así como en la primer semana de los Ejercicios se purgan los pecados, las representaciones de san Ignacio como caballero son poco comunes debido a los excesos y a los escándalos ligados a su juventud temprana, que después él mismo purgará con su ejemplo de servicio y penitencia, y se reafirmará su nueva voluntad divina con sus representaciones posteriores.

En la *Autobiografía* de san Ignacio, el capítulo de su paso por Montserrat lleva el título "Montserrat: se viste del hombre nuevo".<sup>28</sup> La importancia de la indumentaria es tal que simbólicamente representa la transformación espiritual de la cabeza de la Compañía de Jesús. Diversas narraciones muestran cómo el santo renuncia a su pasado caballeresco y los atuendos que lo acompañarán a partir de este momento irán más de acuerdo a su nuevo *modus vivendi*. Fue inmediatamente después de este encuentro cuando adquirió las vestimentas que sustituirían las anteriores, y habían de ser las que lo acompañarían durante su estancia en Manresa en 1522:

Así compró tela, de la que suelen hacer sacos, de una que no es muy tejida y tiene muchas púas, y mandó luego de aquella hacer veste larga hasta los pies [...] y compró también unas esparteñas, de las cuales no llevó más de una; y esto no por ceremonia, sino porque la una pierna llevaba toda ligada con una venda y algo maltratada; tanto que, aunque iba a caballo, cada noche la hallaba hinchada: este pie le pareció era necesario llevar calzado.<sup>29</sup>

<sup>28</sup> Rambla Blanch, *op.cit.*, p. 35.

<sup>29</sup> *Idem.*

Pedro de Oña narra el modo en el que san Ignacio abandona sus armas para mostrar que la conversión de militar a religioso también se refleja en la indumentaria:

Mas olvidar no puede lo que lleva  
Determinado en lo íntimo del pecho,  
Que es prevenir las armas, para nueva  
Guerra, en que no es la gala de provecho.  
Vistamos, dize, un fuerte arnés de prueba,  
Y este ha de ser, oh mundo, un saco estrecho  
que, al dispararme piezas de tu armada,  
me sirva de pastante pavesada.  
[...]  
No es obra de Milán el fino peto,  
Mas quando, para estrínseca pelea  
forxar lo quieren tal, sudan en vano  
las duras oficinas de Vulcano.<sup>30</sup>

<sup>30</sup> Calderón, *op.cit.*, pp. 85-86.

Vulcano, en la mitología pagana, era el principal forjador de armas, lo que muestra las referencias clásicas que hace Oña en su poema épico.<sup>31</sup>

<sup>31</sup> *Idem.*

Después de esta escena, san Ignacio estuvo velando sus armas toda una noche ante la Virgen de Montserrat, ya que estaba "determinado [a] dejar sus vestidos y vestirse de las armas de Cristo"<sup>32</sup>. Era una costumbre entre los hombres de armas quitarse el yelmo para manifestar sus intenciones pacíficas, así como su confianza en las del prójimo.<sup>33</sup> La imagen que abre el libro tercero de *El Ignacio de Cantabria* muestra al santo todavía vestido de caballero, rezando ante la Virgen y quitándose el sombrero ante ella, haciéndole reverencia. En la imagen que abre el libro posterior, es decir, el quinto, se muestra ya con saco de peregrino y con las armas al hombro, lo que simboliza su abandono.

<sup>32</sup> Rambla Blanch, *op. cit.*, p. 35.

<sup>33</sup> Erwin Panofsky, "Iconografía e iconología: introducción al estudio del arte del Renacimiento", en *El significado de las artes visuales*, Madrid: Alianza Editorial, 2015, p. 46.

San Ignacio se despoja de toda su ropa dándosela a un pobre para hincarse de rodillas ante el altar de la Virgen, siendo esta imagen mucho más común en las hagiografías pictóricas: “Iñigo se disfrazaba de pobre, de anónimo, como si despojándose de atuendos arrancase de su conciencia el paladeo de su apellido y de su sangre”.<sup>34</sup>

Como parte de su nueva indumentaria, durante su estancia en Manresa san Ignacio se dejó crecer el pelo y las uñas.<sup>35</sup>

Y porque había sido muy curioso de curar el cabello, que en aquel tiempo se acostumbraba, y él lo tenía bueno, se determinó dejarlo andar así, según su naturaleza, sin peinarlo ni cortarlo, ni cubrirlo con alguna cosa de noche ni de día. Y por la misma causa dejaba crecer las uñas de los pies y de las manos, porque también en esto había sido curioso.<sup>36</sup>

Aquí fue cuando estuvo viviendo en una cueva y redactando el documento que daría origen a la espiritualidad ignaciana: los Ejercicios espirituales.

Tellechea Idígoras describe esta etapa de la vida de san Ignacio como los “tapices manresanos”, narrados a Gonsalves Cámara, Laínez y Polanco.<sup>37</sup> Él mismo muestra una descripción de la apariencia de san Ignacio en este entonces de la siguiente manera:

Un hombre joven, de complexión aún fuerte y recia, vestido de saco hasta los pies, con su bordón en la mano, con un pie descalzo y otro calzado con una alpargata de esparto. Alguna alforja llevaría para guardar papeles y escribanías, su inseparable infolio de cientos de páginas y otras cosas.<sup>38</sup>

Después de sus 11 meses de estadía en Manresa, “enfundado en su saco, ceñido con una cuerda recia de la que colgaba otra cuerquita con nudos que aumentaban o disminuían”,<sup>39</sup> el santo decide continuar con su camino.

Otra narración de su indumentaria fue cuando iba en peregrinaje a Jerusalén, al momento en que llegó a Venecia en 1524; en ella se le describe soportando el mal tiempo así: “con su atuendo paupérrimo, deplorable: un jubón negro, abierto por la espalda, unos calzones de tela gruesa que le llegaban a las rodillas, las piernas desnudas, zapatos en los pies y un ropilla corta de poco pelo”.<sup>40</sup> Debido a su apariencia, durante su caminata de Ferrara a Génova fue detenido por unos centinelas que “le conducían, con su jubón y calzones, por tres grandes calles”.<sup>41</sup> Esta anécdota le recordó el apresamiento de Cristo, ya que el peregrino persistió en su afán de anonimato y de radical pobreza.<sup>42</sup>

Hubo diversas ocasiones a lo largo de su vida en las que san Ignacio renunció a su apariencia personal y a los bienes materiales, incluyendo los de su atuendo, como vía para acceder a la espiritualidad. Por ejemplo, cuando se encontraba en Barcelona estudiando: “le vino el deseo de tornar a sus penitencias pasadas; y así empezó hacer un agujero en las suelas de los zapatos. Ibalos ensanchando poco a poco, de modo que, cuando llegó el frío invierno, ya no traía sino la pieza de arriba”.<sup>43</sup>

Después de dos años de estudio en Barcelona, en 1526 llegó a Alcalá, en donde empezó a mendigar y vivir de limosnas. Ahí tuvo problemas con la inquisición por el modo de vestir de él y sus compañeros. Los inquisidores se interesaban por “unos mancebos que andan en esta villa vestidos con unos hábitos pardillos claros y hasta en pies, y algunos de ellos descalzos, los cuales dicen que hacen vida a manera de apóstoles”.<sup>44</sup> La forma de vida apostólica tenía un gran atractivo en esa época.

El Vicario arzobispo don Juan Figueroa puso reparos al hecho de que, sin ser religiosos, anduviese el grupo vestido con un hábito:

<sup>34</sup> Tellechea, *op.cit.*, p. 129.

<sup>35</sup> Ignacio Puig, S.J. *Album de Manresa Ignaciana*, Barcelona: Imprenta Revista Ibérica, 1950, p. 34.

<sup>36</sup> Rambla Blanch S.J., *op.cit.*, p. 40.

<sup>37</sup> Tellechea, *op.cit.*, p. 142.

<sup>38</sup> *Ibid*, p. 141.

<sup>39</sup> *Ibid*, p. 145.

<sup>40</sup> *Ibid*, p. 173.

<sup>41</sup> *Ibid*, p. 175.

<sup>42</sup> *Idem*.

<sup>43</sup> Rambla Blanch S.J., *op.cit.*, p. 62.

<sup>44</sup> Tellechea, *op.cit.*, p. 187.



Mas no siendo ellos religiosos, no parecía bien andar todos de un hábito; que sería bien, y se lo mandaba, que los dos, mostrando el pelegrino y Artiaga, tiñesen sus ropas de negro; y los otros dos, Calisto y Cáceres, las tiñesen de leonado; y Juanico, que era mancebo francés, podía quedar así [...] tiñen sus vestes, como les es mandado, y de ahí a 15 ó 20 días le manda el Figueroa al peregrino que no ande descalzo, mas que se calce; y él lo hace así quietamente.<sup>45</sup>

La sentencia fue que adoptaran el vestido común de clérigos y seglares, por lo cual debían vestirse como estudiantes; como no tenían los recursos monetarios para hacerlo “el mismo vicario les ha proveído de vestiduras y bonetes, y todo lo demás de estudiantes; y desta manera vestidos habían partido de Alcalá.”<sup>46</sup> Así es como llegan a Salamanca con estampa de universitarios: “todos vestían ahora hábito y bonete de estudiantes.”<sup>47</sup>

<sup>45</sup> Rambla Blanch S.J., *op.cit.*, p. 65.

<sup>46</sup> *Ibid*, p. 67.

<sup>47</sup> Tellechea, *op.cit.*, p. 204.

Durante su estadía en París, lugar en que se fundó propiamente la Compañía de Jesús, seguían vistiendo con las ropas de los estudiantes: “con sombreros de ancho vuelo y con bordones en la mano. Cada uno llevaba terciado un bolsón de cuero con su biblia, breviario y cartapacios y, colgado al cuello, un rosario. Para caminar levantaban sus ropones y los sujetaban al cinto.”<sup>48</sup> No eran monjes, sino que se sentían vasallos y soldados de Cristo. Así fue como nació el nombre antes que la institución histórica.

Cuando se formalizó la orden religiosa lo mismo sucedió con la vestimenta: “no a un hábito específico; los suyos vestirían al uso de los clérigos honestos.”<sup>49</sup> Esto se instituye en las *Constituciones* en 1541, en donde se describen las reglas sobre el atuendo: “en el vestir, teniendo respecto al fin dello que es defenderse del frío y de la indecencia, en lo demás los que están en probación es bien se ayuden en los vestidos para la mortificación y abnegación de si mismos y poner debaxo de los pies el mundo y sus vanidades” (Cons 3:297 C).<sup>50</sup> La renuncia a las vanidades está íntimamente relacionada a la escasez de representaciones de san Ignacio como caballero, que aludían a aquella etapa de su vida anterior.

<sup>48</sup> *Ibid*, p. 271.

<sup>49</sup> *Ibid*, p. 338.

El modo como se describe la vestimenta en las *Constituciones* también hace alusión a las labores de los integrantes de la orden: “parece que en lo que toca al vestir, podría tenerse más respeto a la decencia exterior y comodidad, atentos los trabajos del studio y que tienen renta los colegios [...] y en particulares se podría proceder como conviene a ellos.”<sup>51</sup>

El atuendo debe tener tres partes: la primera, que sea honesto; la segunda es que puede variar dependiendo del lugar en que se habite, y la tercera es que no debe contradecir la profesión de la pobreza: “como sería trayendo seda o paños finos que no deben usarse, porque en todo se guarde la humildad y bajeza debida a mayor gloria divina” (Cons 6:577).<sup>52</sup> Esto hace que el modo en que aparece representado en el grabado, con sus ropas finas y su capa sobre su caballo, no sea lo más común por la austeridad que debe caracterizar a la Compañía:

Su comer, beber, vestir, calzar y dormir si a la Compañía le place seguir, será como cosa propia de pobres, persuadiéndose que será lo peor de la Casa por su mayor abnegación y provecho espiritual y por venir a una igualdad y medida entre todos. Que donde los primeros de la Compañía han pasado por estas necesidades y mayores penurias corporales y los otros que vinieren

<sup>50</sup> *Constituciones de la Compañía de Jesús*, p. 32 en <[https://www.google.com.mx/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=1&ved=0ahUKewifzb6\\_jfrKAhXlm4MKHV8sCCYQFggdMAA&url=http%3A%2F%2Fwww.documentacatholicaomnia.eu%2F03d%2F1491-1556%2C\\_Ignatius\\_Loyola%2C\\_Constituciones\\_de\\_la\\_Compania\\_de\\_Jesus%2C\\_ES.pdf&usq=AFQjCNHHSK60oTtPOjJjCMnzlb\\_BxXvMRQ](https://www.google.com.mx/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=1&ved=0ahUKewifzb6_jfrKAhXlm4MKHV8sCCYQFggdMAA&url=http%3A%2F%2Fwww.documentacatholicaomnia.eu%2F03d%2F1491-1556%2C_Ignatius_Loyola%2C_Constituciones_de_la_Compania_de_Jesus%2C_ES.pdf&usq=AFQjCNHHSK60oTtPOjJjCMnzlb_BxXvMRQ)> [consultado el 15 de febrero de 2016].

<sup>51</sup> *Idem*.

<sup>52</sup> *Ibid*, p. 59.



<sup>53</sup> *Ibid*, p. 10.

<sup>54</sup> *Ibid*, p. 12.

para ella deben procurar por allegar quanto pudieren a donde los primeros llegaron o más adelante en el Señor nuestro (EXA 1:81).<sup>53</sup>

El significado que se le da a la vestimenta en las *Constituciones* de la Compañía, consolida el nuevo sentido que adquiere la orden de Soldados de Cristo: “vestirse de la misma vestidura y librea de su Señor por su debido amor y reverencia” (EXA 1:101)<sup>54</sup>.

Así, el atuendo reafirma el carácter simbólico del camino a la espiritualidad, fundamental para san Ignacio en su proceso de conversión y a lo largo de su vida, caracterizada por la renuncia a lo material. Esto se ve reflejado en su hagiografía escrita y pictórica, que vuelve menos popular la proliferación de su primera etapa caballeresca, en detrimento de la figura oficial del fundador de la Compañía de Jesús. Esto refuerza la singularidad de la imagen épica creada en el *Ignacio de Cantabria*, de Pedro de Oña, especialmente en esta estampa que muestra a los dos hombres ricamente vestidos sobre sus caballos, lo que consolida el carácter heroico de san Ignacio en su proceso de transformación. ■



Fig. 1. Pedro de Oña,  
*El Ignacio de Cantabria*,  
1a parte, Sevilla,  
Francisco de Lyra, 1639,  
Libro IV (Biblioteca JAPS)